

[Citar como: **La comprensión del pasado, Escritos sobre Filosofía de la Historia** Manuel Cruz y Daniel Brauer (Compiladores), “Rememoración y verdad en la narrativa histórica”, editorial Herder, Madrid 2005, pp. 13-39, ISBN 84-254-2425-9]

Rememoración y verdad en la narración historiográfica

Daniel Brauer

El siguiente diálogo está tomado del capítulo IX de la novela *Yo, Claudio* de Robert Graves.

El contexto es un encuentro del joven Claudio con su preceptor en historia, Sulpicio, y los historiadores Tito Livio y Asinio Polión¹ - el tema del debate, cuál es la manera correcta de escribir historia. A modo de conclusión y dirigiéndose a Polión, Claudio sostiene: “...Ahora veo (...) que hay dos formas diferentes de escribir la historia: una consiste en llevar a los hombres a la virtud y la otra obligarles a ver la verdad. La primera es la de Livio y la otra la tuya. Y quizá no sean irreconciliables (...).

Sulpicio (...) de pronto dijo para resumir:

-Sí, Livio nunca carece de lectores. A la gente le gusta que la “lleven a la virtud” de la mano de un escritor encantador, en especial cuando se le dice al mismo tiempo que la civilización moderna ha hecho que esa virtud sea imposible de alcanzar. Pero los simples expositores de la verdad (...), los que no hacen más que registrar lo que en realidad ocurrió... esos hombres sólo pueden contar con un público mientras tengan un buen cocinero y una bodega llena del vino de Chipre.”²

Ya desde la primera caracterización del campo propio de la historia que conocemos, tal como aparece consignada en la *Poética* de Aristóteles, se cuestiona la rigurosidad del tipo de saber que nos ofrece un historiador. El historiar, como es sabido, no sólo es

¹[1] Personaje ficticio.

²[2] Robert Graves, *Yo, Claudio*, <1934>, trad. esp. de Floreal Mazia, Barcelona 1996, Cap. IX, p. 137/8.

colocado en la cercanía de la actividad poética y alejado de la ciencia, sino que incluso se lo considera por su aporte epistémico como una forma inferior al arte.

Desde entonces la polémica acerca del carácter científico o poético de la disciplina ha adquirido distintas formas. Pero ha sido la consagración de la historia como disciplina académica en el siglo XIX y el ideal de una ciencia objetiva e imparcial, un modelo de ciencia que compartían a su manera los paradigmas positivistas e historicistas, los factores que desviaron la mirada de la forma narrativa, y de la larga tradición retórica hasta entonces vigente para el aprendizaje del arte del historiador. Es esta visión dominante de la historia como ciencia, al mismo tiempo que la pérdida de su función social explícita como legitimadora del poder vigente en cada caso, lo que llevó a considerar al relato como una manera de exponer los resultados de la investigación que no afectaba al contenido de la presentación de los “hechos”.

La distinción que pone Graves en boca de Claudio, entre dos modos de hacer historia, una moralizante y la otra “expositora de la verdad”- una oposición que caracteriza más el ideal canonizado a partir del siglo XIX de la disciplina, que la visión romana de la misma, parece no poder sostenerse hoy, no tanto porque ambas pueden combinarse, sino porque sabemos que la verdad misma no se presenta en persona fuera del relato. La tesis narrativista en la versión de autores como White y Ankersmit podría formularse del modo siguiente: *es precisamente la historia que pretende exponer los hechos tal como fueron la que asume una no confesada función moralizante.*

Sin duda uno de los méritos del narrativismo en sus diversas versiones consiste en haber vuelto a llamar la atención sobre la forma del relato y sus estructuras, que era considerado sólo una técnica expositiva que no afectaba a la información de que pretendía dar cuenta un texto de historia.

Es cierto que la narrativa histórica que en nombre de la “objetividad” y “la verdad” científicas pretende mostrarnos los hechos tal como fueron, dejando de lado toda dimensión normativa, resulta más peligrosa que aquella que toma partido, juzga y se juega, simplemente porque acerca de los valores implícitos o explícitos es posible discutir, mientras que a los hechos debemos atenernos. No es casual que tanto teorías racistas como diversas escatologías históricas hayan querido justificarse en nombre de la “ciencia” y sus “datos”.

¿Pero, significa esto entonces, que es necesario abandonar la noción misma de verdad y por lo tanto también la distinción entre veracidad y ficción, que se basa en ella? ¿Serían los relatos históricos algo así como un baile de máscaras detrás de las cuales sin embargo no hay ningún rostro que se oculta en ellas?

En lo que sigue me propongo explorar la relación entre la narrativa histórica y aquel elusivo tipo de “realidad” a que refiere, tomando como hilo conductor un doble par de oposiciones: En primer lugar la relación recuerdo y la reminiscencia, en segundo lugar la diferencia en el modo de acercamiento al pasado entre memoria y narración. Esta ponencia está articulada alrededor de dos citas. La primera de un texto poco conocido de Aristóteles, la segunda de un texto muy transitado de Hegel. Me he inspirado en ambos aunque me queda claro que lo que voy a decir no puede atribuirse a ninguno de ellos.

La concepción aristotélica de la memoria como *ÂnámnhsiV*

La amplia discusión en torno a la pretensión de verdad del relato histórico nos hace a menudo pasar por alto el hecho de que la historia no es, por supuesto, nuestro modo primario de acercamiento al pasado. Ella es más bien el resultado tardío de un complejo desarrollo histórico mismo en el que intervienen múltiples factores y supuestos que hacen que cuando cae en nuestras manos un libro de historia sepamos de qué se trata.

El pasado se nos presenta no sólo como el referente de una narración escrita por un historiador. Se nos muestra primariamente ya en toda percepción de un cambio, en nuestros recuerdos, en las ruinas y huellas, en los monumentos y documentos, en el volverse viejo, pero también como formando parte del sentido de nuestras acciones que tienen una continuidad y que presuponen cuando ya han comenzado a llevarse a cabo un curso de realización de nuestras intenciones que en parte ha tenido lugar. Una acción tan simple como encontrarse con alguien conocido presupone algún conocimiento anterior, alguna cita previa, el haberme transportado anteriormente hasta el lugar en donde estoy ahora.

A esto debe agregarse el hecho de que mucho de lo que se presenta ante mi percepción posee entre otros rasgos el de ser resultado de acciones pasadas, como el edificio que nos cobija, etc...

Disponemos además desde hace muy pocas generaciones de una serie de dispositivos como la fotografía, el disco, el film, el video, etc. que nos ponen en contacto con el pasado de un modo antes nunca imaginado, posibilidades recientes que despiertan nuevas experiencias de acceso a lo que ha quedado registrado y que nos obligan a veces a corregir nuestros propios recuerdos.

En la tradición filosófica y literaria ha sido siempre precisamente el recuerdo, el que ha estado en el centro de las reflexiones y análisis como la experiencia de un acceso privilegiado al pasado.

Hacia el final de sus **Investigaciones Lógicas** escribe Wittgenstein: "El concepto de pasado el hombre lo aprende al recordar"³ [3] . Aparentemente según el autor entendemos el juego lingüístico de las oraciones que contienen verbos en pasado porque hemos hecho la experiencia del recuerdo⁴ . El recuerdo remite al pasado pero paradójicamente es a la vez una experiencia actual⁵. En su breve tratado **Acerca de la memoria y de la reminiscencia**, Aristóteles establece una distinción que considero un punto de partida fructífero para repensar el campo histórico. Quizás más relevante que su canonizado precepto de la **Poética** en el que la historia es colocada en un rango inferior al arte⁶.

En efecto, no sólo recordamos sino que además sabemos que recordamos, es decir estamos en condiciones de establecer que el contenido de lo recordado no pertenece al presente ni tampoco es algo meramente imaginado. Esto hace que el recordar sea ante todo un tipo muy peculiar de experiencia y no menos experiencia que la percepción que presupone, en un doble sentido. Primero en tanto lo recordado fue anteriormente

³[3] Ludwig Wittgenstein, **Logische Untersuchungen**, en: **Schriften 1**, Francfort del Meno 1980, XIII, p. 543.

⁴[4] Véase sobre esto: E. Anscombe: *The reality of the past*, en la antología editada por Max Black: **Philosophical Analysis. A Collection of Essays**, Nueva York 1963.

⁵[5] G. E. M. Anscombe, op. cit. p. 43 y sigs..

percibido y en segundo lugar porque recordar implica de alguna manera percibir que estamos recordando.

El recordar actual tiene que ver con el pasado, pero no sólo con algo que ocurrió sino con algo que sucedió en determinado momento, es decir que ubicamos en un cierto orden, puesto que no sólo nos interesa recordar sino además establecer cuándo y donde tuvo lugar aquello que pretendemos evocar. El recuerdo remite a lo que podríamos considerar como un espacio interior, el espacio de la memoria en el que los recuerdos se van no tanto “acumulando” sino más bien archivando, es decir, de acuerdo a ciertos principios clasificatorios, uno de ellos sin duda es el orden cronológico pero éste no es el único.

Hacia el final del texto mencionado Aristóteles establece una interesante distinción entre la memoria y la reminiscencia. Aquí viene la cita:

“Se diferencia la reminiscencia de la memoria no sólo en relación con el tiempo, sino porque muchos de los demás animales participan de la facultad de recordar, pero por así decirlo, de la de practicar la reminiscencia, ninguno de los animales conocidos, fuera del hombre”⁷

Aquí el uso que hace Aristóteles de la palabra *anámnēsis* es muy diferente del platónico. Mientras que el recuerdo se presenta como una imagen puntual o como una serie sucesiva de imágenes evocadas, que mantienen una relación, de alguna manera de mimética o icónica con aquello de que son imagen, en el caso de la rememoración intervienen otras facultades.

Aristóteles habla aquí ante todo de “una especie de inferencia”⁸. En efecto, rememorar implica también establecer conexiones entre los elementos de la secuencia en que se

⁷ Aristóteles, *Acerca de la Memoria y la Reminiscencia*, en: **Tratados Breves de Historia Natural**, trad. de Alberto Bernabé Pajares, editorial Planeta-DeAgostini, Madrid 1998, 453^a5, p. 134. Véase el comentario de Paul Ricoeur a este texto en su reciente libro: **LA MEMOIRE, L'HISTOIRE, L'OUBLIE**, Seuil, Paris 2000, p. 18 a 25. El énfasis del autor está puesto en el aspecto cognitivo del análisis aristotélico de la memoria, mientras que la dimensión práctica, de la que hablo más abajo, es pasada completamente por alto.

⁸ Op. cit. p. 135.

presentan las imágenes. Ya no se trata simplemente de volver a ver, o de reiterar una percepción en forma debilitada sino de establecer los nexos causales que articulan una sucesión, de ahí que Aristóteles caracterice la rememoración incluso como de una “especie de indagación”⁹, - recordemos que ese también es el sentido originario de la palabra historia -puesto que al rememorar “razonamos” acerca de lo visto u oído. La rememoración se presenta para Aristóteles como una forma de reflexión sobre la base del recuerdo. La anámnesis es una reelaboración del recuerdo, pero esta transformación, en la medida que establece el contexto y los vínculos de los recuerdos aislados, lejos de tergiversar lo que puede considerarse la impresión originaria, es una operación que nos permite acceder a la comprensión de su sentido.

Esta indagación acerca del pasado no se lleva a cabo sólo por una mera curiosidad acerca de lo que realmente aconteció. Se trata del ejercicio de una reflexión que resulta fundamental para orientar nuestra acción en el presente y en el futuro. En efecto, Aristóteles pone en relación la rememoración con el saber práctico.

La anámnesis se presenta “por naturaleza” sólo en aquellos seres que también pueden deliberar¹⁰. Ahora bien, como es sabido, la deliberación es un tipo de reflexión en vista a la acción: “...todos los hombres deliberan acerca de lo que ellos mismos pueden hacer”¹¹ [10]. La indagación que caracteriza a la rememoración tiene que ver no tanto con una mera constatación, el objetivo es encontrar al desentrañar el sentido de lo acontecido una orientación para acciones futuras, en la medida que se nos muestran en la relación de medios a fines las consecuencias ya sea buscadas o no queridas de nuestras acciones voluntarias. Deliberamos en los casos “cuyo desenlace no es claro, y en aquellos en que es indeterminado.”¹² [11] Tratamos de reconstruir el pasado en vista a un fin: entender nuestras acciones pasadas y sus consecuencias en función de posibilidades futuras. En la rememoración, tal como la entiende Aristóteles están desde el principio presentes al menos tres rasgos. En primer lugar, la comprensión del pasado

⁹ Ibidem

¹⁰ Ibidem. Véase la traducción al inglés del texto de Aristoteles y el valioso comentario de Richard Sorabji: **Aristotle, On Memory**, Worcester y Londres 1972, que sin embargo no se detiene en analizar o establecer en general la conexión interna entre rememoración y deliberación.

¹¹ Aristóteles, **Ética Nicomáquea, 1112b**, trad. de Julio Pallí Bonet, Madrid 1995, p. 68.

¹² Ibidem.

esta estrechamente vinculada a la del presente, en segundo lugar esta búsqueda de sentido viene unida a una dimensión práctica. En tercer lugar se trata de un proceso cognitivo en el que se adquiere un conocimiento de que antes no se disponía.

Mientras que el recuerdo contiene una referencia inmediata al pasado, la rememoración contextualiza nuestros recuerdos y nos permite ver desde la distancia retrospectiva su articulación interna. Es después de todo en el ámbito de la reflexión rememorativa en el que pueden tener lugar el arrepentimiento y el perdón.

La rememoración otorga y revisa una y otra vez el sentido de nuestros recuerdos. *Sin embargo y precisamente por eso el recuerdo desborda o trasciende en su inmediatez toda interpretación posible*¹³.

Pero ¿es la historia- para retomar una metáfora una y otra vez utilizada- para la sociedad lo que la memoria para el individuo?

No, en la medida que la historia tiene que ver con acciones humanas colectivas y procesos anónimos que son de tal naturaleza que no pueden ser objeto del recuerdo de sus protagonistas y testigos. Las huellas mnémicas que estos procesos dejan en los individuos que participan y asisten a ellos, son solo un aspecto de una estructura intrincada cuya comprensión requiere esquemas cognitivos más complejos. Al igual que en la rememoración los recuerdos deben ser puestos en contexto y resignificados, sólo que los instrumentos conceptuales para llevar a cabo esa exégesis van más allá de las nociones con que entendemos nuestra vida cotidiana.

Pero, por otro lado si se pone el acento en el aspecto rememorativo de la memoria como una reflexión en la que tratamos de establecer qué es lo que realmente aconteció “pasando revista a los hechos”, como suele decirse, para poder entender recién de qué se trata - una tarea que llevamos a cabo cuando queremos saber cómo se llegó a un determinado desenlace, un trabajo de “reconstrucción” del pasado que realiza tanto el juez como el detective cuando intentan establecer qué y cómo sucedieron los hechos - , la historia se presenta como la continuación en forma metódica, sistemática e intersubjetividad de la reflexión rememorativa¹⁴.

¹³ Véase sobre esto las interesantes observaciones de Günther Grass en su reciente artículo: **Recuerdo de la patria perdida**, aparecido en el diario **La Nación**, del 15 de octubre de 2000, p. 8 Sec. **Cultura**.

Memoria y narrativa

La historia como disciplina se encuentra a la vez en auge y en crisis. En auge porque como nunca antes experimentamos un interés por el conocimiento del pasado por parte de un público muy amplio, tal como se manifiesta en la multiplicidad de publicaciones acerca de los más diversos temas que tienen que ver con secuencias de acontecimientos humanos del pasado, encaradas a su vez desde múltiples puntos de vista. A lo que se añade la novela histórica, el film documental y, no en menor medida, el museo, una institución relativamente reciente, al menos en cuanto a la visita masiva, como lugar de encuentro y reflexión institucionalizada sobre acontecimientos significativos de la memoria colectiva. Pero esta notable expansión de la preocupación por el pasado viene acompañada por una profunda revisión de los supuestos teóricos con que ella se venía llevando a cabo, y esto por dos motivos. El primero tiene que ver con cambios internos en la práctica de la disciplina que conciernen a la inclusión de nuevas perspectivas que van desde la teoría social, el psicoanálisis, hasta la etnografía, etc., pero también con la tematización de nuevos campos y sujetos históricos más allá del tradicional eje bélico y socio-político.

El segundo concierne a consideraciones epistemológicas, que si bien forman parte del laboratorio académico de las ideas y concitan por lo tanto el interés de poca gente, conducen al menos en sus versiones extremas, a cuestionar toda pretensión de verdad por parte de la historiografía y por lo tanto a cuestionar su pretendido carácter de ciencia, como quiera que esta sea concebida.

Con esto me refiero por cierto a la teoría narrativista acerca de la actividad del historiador que puede considerarse una consecuencia tardía del giro lingüístico en filosofía - en la que el relato histórico es, ya sea asimilado directamente al género ficción, ya sea considerado en mayor o menor medida una “construcción” o “configuración” que lejos de registrar o describir los hechos tal como aparentemente sucedieron, independientemente de toda interpretación – cosa que correspondería ciertamente a una concepción ingenua de la ciencia como tal y no sólo de la historiografía - pone en juego un complejo aparato conceptual en el que intervienen

dispositivos retóricos y literarios que difícilmente puedan considerarse como perteneciendo a las cosas mismas.

Sin duda constituye un mérito del narrativismo el haber mostrado que el relato en modo alguno es aséptico con respecto a su referente y que nuestra visión del pasado está condicionada por las interpretaciones sedimentadas en el lenguaje con que pretendemos describir los hechos en su pureza. La película no está allí para ser filmada. Las imágenes presuponen la cámara y el metraje, o sea selecciones y omisiones de acuerdo al argumento del film. Pero eso no significa que no tenga sentido considerar que nuestro discurso acerca del pasado pueda considerarse verdadero, ya que todo enunciado incluso éste una vez pronunciado forma parte del pasado y no se podría decir entonces ni siquiera que es falso.

El contraste entre la visión narrativista extrema que niega toda pretensión de científicidad de la historia y la forma en que la mayoría de los historiadores entienden el sentido de la disciplina, se debe a mi juicio principalmente a dos factores. Ante todo, al fracaso de las nociones tradicionales de verdad para dar cuenta del relato histórico y en segundo lugar, a cambios importantes en la comprensión de la evolución las ciencias naturales que servían de modelo de científicidad como tal.

Puesto que un texto de historia pretende ser la exposición de una secuencia de acontecimientos significativos del pasado humano como resultado de una investigación empírica, la respuesta a la pregunta acerca de la verdad en historia, tiene que ver con el *status* epistemológico que se le asigna a la narración¹⁵. El debate puede ser descrito en forma algo simplista del modo siguiente¹⁶.

¹⁵ Véase sobre esto mi artículo: *Significado y Verdad en la Narración Histórica. Una re-visión de la objetividad historiográfica*, en: **Revista Latinoamericana de Filosofía**, vol. XXVI, N° 1 (Otoño 2000), 47-66. El presente trabajo retoma y lleva más adelante algunas cuestiones esbozadas allí, particularmente en lo que concierne a la noción de verdad en historia.

¹⁶[15] Para una posición intermedia, pero también para echar un vistazo a la controversia puede consultarse por ej. el artículo de P. H. Nowell-Smith: "The Constructionist Theory of History", en: **History and Theory**, Beiheft 16, vol.16, n°.4, 1977, pp. 2-28 y la respuesta de Leon J. Goldstein: "History and the Primacy of Knowing", en el mismo volumen, pp. 29-52. Para un examen más exhaustivo de las teorías de la verdad en conexión con el conocimiento histórico puede consultarse el cap. III: "The Sentence and the Narratio" del libro de F. R. Ankersmit, **Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language**, La Haya 1983, pp. 58-78. Pero las conclusiones de Ankersmit acerca del carácter no-referencial de los relatos históricos (p. e. p.170) se oponen diametralmente a las de este trabajo.

Para una concepción realista lo que hace el historiador es una reconstrucción de sucesos que tuvieron lugar efectivamente y cuya existencia es independiente del hecho de haber podido ser registrados o reproducidos.

Por el contrario para un punto de vista constructivista, la tarea del historiador es crear un modelo teórico que no “copia” o “refleja” una realidad tal cual es, sino que le da una forma y sentido que no se encuentran fuera de él.

En general, aunque no necesariamente el realismo se atiene a alguna versión correspondentista de la verdad. En efecto, si la historia es una ciencia empírica, además de inferencial, en el sentido de que se basa en datos extramentales, que es necesario descubrir y asegurar en base a pruebas documentales, y si además los hechos del pasado tienen, o mejor dicho han tenido, una forma de existencia objetiva indiferente a su ser establecidos por un observador, es natural pensar que el historiador debería ser un narrador neutral, que trata en todo caso de orientarse por los hechos mismos a la hora de configurar su relato.

La posición constructivista por el contrario, en sus diversas variantes, está más cercana a una concepción coherentista de la verdad, dado que aquí lo decisivo es que no podemos salirnos de la teoría y observar los hechos tal como se presentarían sin ella. El historiador se enfrenta a distintas y divergentes representaciones de los acontecimientos siempre mediadas por una carga teórica. La tarea consiste para esta posición, más bien en argumentar en forma consistente y plausible a favor de determinadas hipótesis, a fin de dar sentido a lo que se presenta como una serie de meros datos.

Pero ambas concepciones resultan igualmente insatisfactorias y unilaterales, si bien es cierto que dan cuenta de aspectos esenciales de la narración histórica. La primera, porque presupone la realidad del pasado tal como es narrado, haciendo abstracción del sofisticado aparato conceptual mediante el cual el historiador trata de “armar” el acontecimiento. Se podría decir que se trata de una versión prekantiana del conocimiento histórico, que resulta poco plausible desde la perspectiva de la discusión epistemológica contemporánea.

En efecto, la imagen de lo que sucedió que presenta el “film” que establece la narración histórica no está simplemente ahí, sino que es el producto de una serie de inferencias, el establecimiento de conexiones causales con otros hechos anteriores, simultáneos y

posteriores, un entramado motivacional y dramático, etc. . La película presupone a la cámara y al camarógrafo detrás de ella, con su punto de vista y enfoque selectivo en el marco de un metraje regido por la trama.

El “cuadro” que traza el historiador de los acontecimientos del pasado tiene un referente que resulta problemático concebir como “correspondiendo” con él, si se lo entiende como su mera duplicación o copia ontológica. *La película no está ahí para ser filmada.* Más que como una re-producción de los hechos, allí donde no se puede diferenciar entre su descripción y su realidad, ésta parece más bien estar concebida como resultado de una proyección en el plano ontológico de una puesta en escena regida por la teoría y no abstraída de la realidad misma.

Por otra parte, las distintas versiones del constructivismo no dan suficientemente cuenta de la base empírica que produce la necesidad, no solo de la formación de una imagen coherente de los hechos, sino también en algunos casos, de una reconfiguración de la construcción teórica. El configuracionismo extremo no puede explicar el cambio conceptual, o en todo caso lo considera arbitrario, a pesar de que él también representa una posición que pretende entender mejor ciertos hechos. En todo caso, la constatación de una coherencia interna de nuestras representaciones soslaya el origen y el carácter extramental del referente de las mismas en el proceso de la investigación historiográfica.

Sin duda que la oposición de ambos puntos de vista, vinculados en la tradición al realismo y al idealismo respectivamente, son presentados y contrastados aquí en la forma simplificada y pasa por alto además concepciones intermedias o aquellas que combinan ambas. A éstas cabe agregar por supuesto, entre otras, las teorías pragmatistas, consensualistas y deflacionistas de la verdad, que no trataré en este contexto.

El debate sobre teorías de la verdad ha cobrado auge en los últimos años y no se agota en modo alguno, como es sabido en esta dicotomía consagrada¹⁷ entre

¹⁷ Véase: Puntel, Bruno Lorenz: **Wahrheitstheorien in der neueren Philosophie**, Darmstadt 1978 y más recientemente Kirkham, Richard L.: **Theories of Truth**, Cambridge (Massachusetts), Londres 1995. El conocido artículo de Donald Davidson: “Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia”, contenido en su libro: **Mente, mundo y acción**, trad. esp. de Carlos Moya, Madrid 1992, pp. 73-97, es un buen ejemplo de un intento de hacer justicia a ambas posiciones (a pesar del título), pero también de lo abierta en que se encuentra aún la discusión. Sobre la concepción de Davidson y los problemas centrales de la controversia véase: Richard Rorty, “Pragmatismo, Davidson y la verdad”, en su libro:

correspondentismo y coherentismo, pero creo que esta contraposición resulta útil para mostrar a grandes rasgos las dificultades de propuestas clásicas extremas para dar cuenta del relato histórico.

Lo que resulta insatisfactorio en ambas es, además la concepción de la verdad que postula una doble exclusión, en primer lugar, entre fenómenos concebidos como heterogéneos: enunciados, creencias o ideas y sus referentes, en segundo lugar entre lo verdadero y lo falso. Lo primero porque las metáforas con que suele pensarse la relación, “correspondencia”, “coherencia”, “adecuación” no la aclaran suficientemente, dado que en todo caso ellas mismas deben ser elucidadas, lo segundo porque la relación entre verdad y falsedad es pensada como una dicotomía excluyente que no admite grados, aproximaciones o matices¹⁸.

Pero por más que los conceptos vigentes de verdad estén en crisis y la teoría no pueda entenderse a sí misma como alguna forma de “espejo de la naturaleza”¹⁹ tampoco la historia puede renunciar a la búsqueda de objetividad que es inmanente al proyecto de la disciplina misma. *Lo que al historiador no puede dejar de interesarle, por encima de las complejas teorías filosóficas sobre la naturaleza de*

Objetividad, relativismo y verdad, trad. esp. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona 1996, pp. 173-205.

¹⁸ Cabe mencionar aquí la tesis del llamado “realismo interno” de Putnam, - Véase: Putnam, Hilary, **Reason, Truth and History**, Nueva York 1981, esp. cap. 3, *Two philosophical perspectives*, p. 49-74, de acuerdo a la cual lo que llamamos verdadero se da siempre en el interior de un marco lingüístico. Esta propuesta evita la concepción ingenua de la correspondencia y al mismo tiempo intenta salvar el realismo presente en toda investigación empírica y en este caso histórica Véase el interesante artículo de Chris Lorenz, *Historical Knowledge and historical reality: a plea for internal realism*, en: **History and Theory** 33, 1994, p. 297 y sigs., en el que el autor intenta hacer fructífera la propuesta de Putnam para dilucidar la polémica de los historiadores alemanes en torno al Tercer Reich, el llamado “Historikerstreit”.

La ventaja de esta concepción reside además en el hecho de que permite el enfoque de un mismo período desde múltiples puntos de vista sin que por eso se considere que los demás necesariamente puedan no ser correctos- no hay algo así como “el ojo de Dios” o la perspectiva privilegiada. Pero, de lo que esta propuesta no da cuenta es de la posibilidad de que el esquema conceptual mismo sea falso y por eso no puede evitar caer en un relativismo del que pretende, por su veta “realista”, escapar. La tesis de Putnam tampoco parece poder dar cuenta de la necesidad que fuerza al científico ante determinadas circunstancias a modificar sus conceptos.

¹⁹ Con esto aludo al título del influyente libro de Richard Rorty: **La filosofía y el espejo de la naturaleza**, trad. al esp. de J. Fernández Zulaica, Madrid 1989, esp. caps. IV-VI, p. 157 y sigs., en el que se encuentra una visión escéptica acerca de las pretensiones de verdad de la epistemología contemporánea.

la verdad es el establecimiento claro de los criterios de verdad del discurso historiográfico.

Por lo pronto la palabra verdad es utilizada en nuestro lenguaje natural del mismo modo que en la tradición filosófica, no sólo para referirnos, a ideas, creencias y enunciados, sino también a unidades del discurso más amplias como a teorías o, como en el caso que nos ocupa, a la narración histórica. Aquí nos enfrentamos a una estructura intrincada que resulta difícil asimilar al modelo simplista de una relación de correlación biunívoca entre los enunciados y los hechos, dado que la falsedad (y en muchos casos simplemente la inexactitud) de algunos de los datos presentados no invalidan necesariamente el todo. Si por ejemplo el número de bajas establecido por un historiador para una determinada batalla no coincide con el que consta en los documentos encontrados posteriormente, si Cesar cruzó el Rubicón por un puente hasta ahora desconocido, o pudo rodearlo y no cruzarlo, no por eso el relato de los hechos debe ser considerado falso en su conjunto. Estos datos pueden ser eventualmente integrados²⁰ y *de hecho las historias no suelen ser tanto refutadas como sucesivamente corregidas*. La historiografía parece progresar por sucesivas re-visiones, complementaciones y ampliaciones y en raros casos por el abandono completo de versiones anteriores.

Lo que la mayoría de las diversas y controvertidas teorías de la verdad parecen tener en común, es que han sido diseñadas para caracterizar una propiedad o una relación que concierne a *creencias, enunciados, o proposiciones* (o, en versiones históricas anteriores, a *ideas y representaciones*), que son tomadas en forma aislada y puestas en conexión con un término distinto, ya sea externo o interno.

Pero también acerca de un relato histórico tiene sentido preguntarse si es verdadero y utilizar el predicado “verdad” para calificar no sólo a las oraciones particulares que lo componen sino a la narración en su totalidad, incluso cuando algunos de sus componentes puedan considerarse falsos. *La verdad de la narración histórica no depende, como veremos, de la verdad de cada una de las proposiciones que la integran,*

²⁰ Esto por supuesto es una cuestión de grados: cuando la mayoría de los datos en que se basa un relato, conocidos hasta ese momento, son revelados como falsos, cae la narración como tal, pero esto no es el caso típico que es el que nos concierne aquí. Podría compararse esto a la modificación de los puntos cromáticos que componen una pintura; es necesaria una alteración masiva para que lo que se vea sea otra cosa y no la misma de otra manera.

pero tampoco la totalidad determina la verdad de sus partes, sino que es necesario hablar de una relativa autonomía entre ambas y de sentidos que corresponden a distintos estratos.

El texto historiográfico está integrado por componentes heterogéneos que pertenecen a niveles diferentes.

La imagen que el historiador nos ofrece del pasado no es el pasado mismo, sino *una forma de su conocimiento*. No se trata de una construcción arbitraria: la película no está por cierto allí para ser filmada. El conocimiento del objeto no es el objeto del conocimiento. Lo que a narración histórica produce no son los hechos mismos sino un modo de reconocerlos. El referente del texto historiográfico no es un duplicado ontológico de su representación. *Los llamados hechos se establecen en y por el relato en el que los datos (extramentales aunque siempre ya cognitivamente precategorizados) van encajando como piezas de un todo más o menos consistente.*

Dado que la historia tiene como tema la exposición de una secuencia de acontecimientos del pasado y éste no es, por definición accesible en forma directa, - simplemente porque los hechos ya no están ahí - ella se enfrenta a una triple tarea. Por un lado (1) establecer los hechos, o sea qué sucedió, en segundo lugar (2), ofrecer una explicación plausible de los mismos y en tercer lugar (3), proponer una interpretación global de los acontecimientos de modo que su heterogeneidad quede integrada en un todo conceptualmente consistente.

Estos objetivos están, por cierto, indisolublemente vinculados, dado que toda descripción hace uso ya de categorías generales que de alguna manera preconditionan el tipo de explicación causal a la que se recurrirá. No obstante, el plano de la descripción de lo acontecido y el de su explicación pueden y deben ser analíticamente diferenciados. Así, en un proceso penal por ejemplo, se puede llegar a la conclusión de que hay pruebas suficientes para considerar que la muerte de determinado individuo tuvo lugar por un asesinato intencional y que sin embargo, no se dispone de la evidencia para explicarla fehacientemente o para encontrar al culpable. El hecho primario es el deceso súbito de una persona, establecer que se trató de un crimen ya preanuncia el tipo de explicación al que es necesario recurrir, en caso de que se disponga de los datos requeridos. Por último, la narración de lo acontecido provee un marco contextual más amplio, en el que los hechos son interpretados como partes del todo coherente que llamamos una historia.

Es a mi juicio, la no-diferenciación de estos tres estratos de los que se compone la narración histórica, lo que conduce en la discusión epistemológica sobre la objetividad de la historiografía a una serie de malentendidos²¹.

Cuando se discute acerca de la verdad de una descripción histórica lo que está en juego es la corrección de los datos invocados. Cuando se cuestiona una explicación histórica lo se pone en duda es la verdad de la explicación misma y no de los hechos en cuestión.

Un tercer estrato del que se constituye el tejido de la narración histórica viene dado por la propuesta **interpretación** global de los acontecimientos. Con él nos enfrentamos a lo que representa lo específico de la historia como disciplina científica, al mismo tiempo que su mayor dificultad teórica. Me refiero a la formación de un tipo de conceptos, que han sido diseñados para dar cuenta de un significado general en el que se enmarcaran una serie de eventos. La multiplicidad y las peripecias de lo acontecido son llevadas a una unidad sintética que les confiere sentido y que conforma el tema central, anunciado en cada caso generalmente ya en el título de un tratado de historia -categorías tales como Renacimiento, Revolución Francesa, Reforma, Cristianismo primitivo, Generación del 80, Guerra del Peloponeso, Democracia ateniense, la Perestroika, etc.

Se trata de una interpretación del sentido general de los acontecimientos que suele caracterizarse desde Walsh como “coligación”²² y que en la terminología de la sociología histórica de Max Weber es entendido como construcciones “típico-ideales”. Lo que hace que estas formaciones cognitivas sean particularmente aptas para la historiografía, es que su *status* epistemológico no es el de los conceptos generales, pero tampoco se agota en la particularidad de lo que describen.

La polémica en torno a la “verdad” de categorías historiográficas de esta naturaleza - muchas de las cuales ya han quedado consagradas y a disposición del arsenal cognitivo de que se sirve el historiador no tiene que ver directamente con los datos empíricos, ya que éstos pueden ser integrados a **configuraciones conceptuales** interpretativas diferentes, ni tampoco con su poder explicativo, *puesto que se aplican a constelaciones*

²¹ Defiendo este punto de vista en el artículo arriba mencionado.

²² Véase Walsh, W. H.: **Introducción a la Filosofía de la Historia**, op. cit., p. 66 y sigs.. Ankersmit redefine a este tipo de conceptos como “sustancia narrativa” a fin de adaptarlos a su tesis no-realista sobre el referente historiográfico, véase: Ankersmit, F. R., **A Semantic Analysis of the Historian’s language**, op. cit. p. 100 y sigs..

de acontecimientos que se pretenden explicar no tanto en su génesis singular sino en su contribución a un sentido general en el que se inscriben.

Cuando se cuestiona si una interpretación histórica es correcta, lo que se está criticando es la capacidad del modelo conceptual propuesto para arrojar luz, para “armar” cognitivamente el rompecabezas sobre la base de una multiplicidad de acontecimientos cuyo sentido no parece desprenderse fácilmente de los hechos mismos.

Las interpretaciones globales de los avatares históricos suelen presentarse en un marco controversial y su corrección no puede ser decidida por medios puramente empíricos. Por el contrario, partiendo de la conformidad con los datos, se hace necesario aquí una defensa argumentativa que haga plausible la propuesta, en función de la capacidad del paradigma conceptual conjeturado para iluminar y “armar” una imagen unitaria a partir de la pluralidad y fragmentación de lo acontecido.

Es en función de estas categorías que el relato ordena prospectiva y retrospectivamente el material y el entrecruzamiento de las cadenas causales. Se trata de un foco cognitivo que integra en un nivel nuevo la multiplicidad de los avatares históricos en un significado unitario.

Cuando se pone en duda la “verdad” de una “versión” de los acontecimientos, lo que está en cuestión no es (sólo) la presunta correspondencia o el “reflejo” de los hechos tal como están ahí, puesto que éstos pueden ser incorporados a interpretaciones diferentes, ni la no-adequación de una explicación causal de lo sucedido, puesto que es necesario establecer primero el sentido general de los hechos mismos para intentar recién entonces la búsqueda de cadenas causales que convergen en el gran acontecimiento. Lo que está en discusión en este caso, es la capacidad de una teoría para establecer a partir de datos más o menos aislados documentos, testimonios y relatos previos un todo coherente y plausible en el que esos mismos datos comienzan a adquirir un sentido diferente en la medida en que pasan a formar parte de una “tendencia”, de un proceso abarcador cuya imagen escapa necesariamente a la mirada de los contemporáneos y sólo puede ser armada o ensamblada retrospectivamente - “al atardecer”²³ [22] - en el taller del

²³[22] El *dictum* de Hegel acerca de la lechuza de Minerva que levanta su vuelo con el ocaso, encaja mejor para el trabajo del historiador, para el que la perspectiva de la retrospectiva resulta ineludible, que para el del filósofo. Me ocupo de este tema en el artículo: **La fragilidad del pasado**, en el volumen colectivo editado por el Prof. Manuel Cruz Rodríguez, **Hacia donde va el pasado**, Barcelona 1999, en prensa.

historiador, a partir de una singular mezcla de necesidad y contingencia, de protagonismo, circunstancias y oportunidades.

Mientras que en el trabajo de la comprobación de los datos el sentido de los mismos está establecido previo a su constatación, puesto que es necesario saber qué es lo que se busca constatar, mientras que en la búsqueda de explicación se trata de aplicar a los hechos probados esquemas nomológicos o pautas de acción racional, *la tarea de la interpretación histórica consiste ante todo en configurar el significado global de los acontecimientos, y es en todo caso a partir de éste que recién se sabe lo que debe ser explicado.*

Debido a la complejidad de la estructura de la narración histórica la verdad del todo no depende por completo de la de las partes ni a la inversa, dado que estas son heterogéneas y pueden pertenecer a niveles diferentes. Un hueco en la descripción de los acontecimientos que puede llegar a ser cubierto con el descubrimiento de nueva evidencia o, más aún, determinados segmentos del relato que pueden revelarse con el tiempo como falsos, no invalidan necesariamente la perspectiva historiográfica adoptada sino que pueden incluso confirmarla, integrándose a un todo que puede ser modificado en algunos aspectos pero no por eso cambiar del todo el sentido de los acontecimientos principales.

Es lícito preguntarse entonces cuáles son los criterios para determinar cuándo nos encontramos ante una interpretación histórica que pueda ser aceptada en líneas generales como veraz. En otras palabras: ¿De que modo anclar la verdad de un concepto “coligatorio” que define el sentido de una narración histórica?

Lo que está en juego es la capacidad de un concepto historiográfico de componer, en el “cuadro” de una época o período investigado, una imagen emblemática, un significado común que determine el entorno y el contorno de las partes o, para pasar de esta metáfora espacial-pictórica a la dimensión temporal aquí en cuestión, un marco conceptual que prescriba *el orden de lo que es integrado y resignificado como episodio de una historia*. Es en función de que los datos disponibles y los resultados de la investigación “encajen” en una secuencia coherente - y aquí podría hablarse de una coherencia externa, es decir no tanto o subsidiariamente de nuestras representaciones

entre sí, sino de la que tiene lugar entre los fragmentos de la evidencia - que se impone la plausibilidad de un relato histórico.

Por un lado, es el modo en que el concepto historiográfico logra articular, una vez fehacientemente establecido, el acontecer disperso en una unidad que le otorga sentido, y por lo tanto inteligibilidad, que la versión ofrecida de los hechos nos resulta creíble, pero por el otro, esto se da siempre en un marco controversial de interpretaciones que, aún canonizadas, deben ser siempre revisadas y puestas a prueba por la discusión racional.

Pero, si esto es así, ¿qué es entonces aquello que nos permite decidir entre propuestas interpretativas diferentes, cuando ambas o varias logran dar cuenta a su manera de los hechos- ya que la piedra de toque no está constituida sólo por los datos mismos?

La respuesta no puede ser unitaria dada la heterogeneidad de los conceptos coligatorios mismos. Éstos están en general diseñados tanto para caracterizar períodos (“Cristianismo primitivo”, “Edad Media”, etc.) como acontecimientos decisivos o quiebres en la continuidad histórica (“Holocausto”, Revolución Francesa”, “Crisis de los años 20”, etc.), o a ambos (“modernidad”, “la era del imperialismo”, etc.).

Sin duda, un elemento de juicio fundamental a la hora de analizar hasta que punto la narración da cuenta de lo acontecido, *resulta la inclusión documentada del punto de vista de los agentes históricos acerca del sentido de sus actos*. Así la discutida noción de “renacimiento”²⁴ puede ser anclada en la forma en que autores como Petrarca, Boccaccio, Filarete, Alberti, Durero, etc., etc., que forjaron o contribuyeron a forjar el concepto concebían, con una mirada dirigida al pasado, los cambios históricos de los que eran contemporáneos.

El problema se complica porque la tarea no consiste solamente de revisar críticamente la reconstrucción de la perspectiva de determinados agentes históricos, *sino de establecer cuál es el punto de vista decisivo* o, mejor dicho, de qué manera combinar las perspectivas heterogéneas y en parte incompatibles, con los datos históricos documentados y el conocimiento de los acontecimientos, como para “armar” una historia objetiva. Más aún cuando para muchos de estos conceptos historiográficos la

²⁴ Véase sobre esto el cap. 1: “Renacimiento” *¿Autodefinición o autoengaño?* del libro de Erwin Panofsky: **Renacimiento y renacimientos en el arte occidental**, versión esp. de María Luisa Balseiro, Madrid, 1979, p. 31 y sigs..

inclusión del punto de vista de los sujetos, no resulta relevante, ya sea por su carácter francamente anacrónico (“Edad Media”, “Revolución Neolítica”), ya sea porque pretenden describir fenómenos en los que la conciencia de los protagonistas no desempeña un papel central (“Revolución industrial”).

Aquí lo decisivo pasa por la capacidad de estos conceptos por articular una multiplicidad en un todo coherente que admita a pesar de ello una irreductible heterogeneidad interna como para dar cuenta de la complejidad de los hechos.

Pero aún si se admite que versiones diferentes de los acontecimientos no necesariamente invalidan un relato histórico, ya sea porque en parte pueden complementarse, ya sea porque los datos son afrontados desde perspectivas distintas, o porque no se trata estrictamente de los mismos, esto no releva de la pregunta acerca de los criterios que permite establecer²⁵ los límites para la aceptabilidad de un texto histórico.

La verdad de una narración histórica no puede juzgarse únicamente por la veracidad de los datos de que parte, ni tampoco sólo por lo adecuado de las explicaciones nomológicas e intencionales que utiliza, su cuestionamiento se da en el marco de *una discusión y argumentación sobre los principios de composición del relato y de relevancia de los conceptos que lo organizan*.

Aquí intervienen tanto criterios de verificación de las evidencias, como de pertinencia de las mismas para un esquema narrativo. Así, si se tiene en cuenta por ej. el relativamente reciente debate entre los historiadores alemanes acerca del significado del período nacionalsocialista, resulta claro que la polémica no giró tanto en torno a los datos aportados por los participantes sino a estrategias de recontextualización²⁶ y reevaluación de los mismos. El hecho de considerar el llamado Holocausto como un fenómeno, sino único al menos de una singularidad emblemática, o de colocarlo al mismo nivel que una serie de matanzas recurrentes en la historia europea, o de

²⁵ Aún admitiendo la posible “infradeterminación empírica” de teorías rivales, véase sobre esto Quine, op. cit. p. 144 y sigs..

²⁶ La bibliografía sobre el “Historikerstreit” es ya muy amplia (véase la nota anterior) y tiene su continuación en la polémica que desató el libro de Daniel Goldhagen,

considerarlo como resultado de una reacción a una posible imaginada venganza, etc., le otorga un nuevo significado sin que sea necesario aparentemente por ello modificar las evidencias disponibles acerca de los acontecimientos mismos. ¿Pero significa esto entonces, que todas estas versiones deban ser tenidas como igualmente válidas y que el historiador no pueda disponer de argumentos decisivos a favor o en contra de alguna de ellas, o invocar eventos que puedan conducir a su refutación?

No creo que sea esta en principio la situación. En primer lugar porque en la polémica entran en consideración diversos factores, tales como presencia de datos incompatibles con ciertas hipótesis, basados en un conocimiento de las representaciones de los protagonistas históricos mismos y sus motivaciones- algo que debe poder ser empíricamente verificado. En segundo lugar, argumentos sobre lo adecuado o no de una determinada contextualización de los acontecimientos - y esto tiene que ver, tanto con criterios de relevancia como con la posible contribución de estos contextos para la explicación de los hechos. En tercer lugar, porque la polémica historiográfica presupone la intención de obtener una imagen más adecuada de lo sucedido y no tendría sentido sin ella, convirtiéndose de esta manera ella misma en un instrumento fundamental de la dinámica que conduce a una explicitación y depuración de los criterios de evaluación de la secuencia de acontecido.

La historia progresa por “re-visión” y ésta debe entenderse en diversos sentidos. Por un lado, la “revisión” permanente de los datos que tiene lugar durante el proceso de constante reescritura de las narraciones. Por otro lado, mediante un proceso de extrapolación y aplicación de esquemas nomológicos o conceptuales tomados de otras áreas que “hacen ver” los hechos desde otra perspectiva cognitiva - piénsese por ej. en la contribución de las ciencias sociales o del psicoanálisis para el desarrollo de la historiografía contemporánea. A esto debe añadirse la resignificación retrospectiva de los hechos al modo de reconfiguraciones gestálticas basadas en nuevos intentos de conceptualización y no en menor medida a la luz de experiencias históricas posteriores²⁷

²⁷ El libro de Alice Gérard: **La révolution française, mythes et interprétations (1789-1970)**, Paris 1970, ofrece una útil visión de conjunto sobre las principales interpretaciones de la Revolución Francesa. Resulta interesante notar que los cambios de la interpretación, algunos de ellos radicales, no se deben a modificaciones en la base de datos.

El hecho de que no dispongamos aún de un concepto de verdad adecuado para caracterizar a la empresa historiográfica es un índice de lo insatisfactorio que resultan las nociones en curso y no de que la idea de verdad deba erradicarse de la narrativa histórica - más aún, si se tiene en cuenta que con ella cae también la de ficción.

Incluso la discusión acerca de la teoría de la verdad más adecuada parece presuponer un concepto más amplio de la misma que no se agota en ninguna definición, puesto que siempre es posible preguntar si una determinada concepción de la verdad da cuenta realmente del fenómeno, es decir si es a su vez verdadera.

Lo que sigue no pretende ofrecer una nueva teoría de la verdad para la historiografía sino nombrar algunos rasgos de los que en todo caso debería dar cuenta y que no creo sean tan diferentes para las otras ciencias.

Sin dejar de lado los aspectos semánticos y comunicativos que han estado en el centro de la discusión de los últimos años, quisiera poner el énfasis, en *la relación entre el concepto de verdad y el de experiencia*, entendiendo esta última en un sentido amplio, y teniendo en cuenta que la historia es una ciencia con base empírica.

Mi impresión es que en el debate contemporáneo sobre la noción de verdad se confunden dos problemas: el de la “confirmación” de un enunciado con el de su “adecuación”. En efecto, ¿de qué modo puede ser verificada o confirmada una afirmación como “la Revolución comenzó en Mayo de 1810”?

Aún si los hechos a que se refiere pueden ser comprobados, – y dejando de lado aquí el problema de cómo fijar el “comienzo” de un período- es posible plantear a su vez la pregunta, ¿se trató “verdaderamente” de una “revolución”? Una cosa es confirmar los datos que presenta una descripción, otra es preguntarse acerca de la adecuación de los términos teóricos con que la descripción se lleva a cabo. Un enunciado tan elemental como “hoy salió en sol” puede comprobarse fácilmente pero desde un punto de vista científico resulta absurdo.

Cuando utilizamos conceptos tales como por ej. “Revolución”, “Edad Media”, “Renacimiento”, “Holocausto”, etc., para describir determinado fenómeno o período histórico, se ordenan una multiplicidad de datos que adquieren sentido en función de ellos, pero esos conceptos mismos no provienen de un mundo platónico suprahistórico, sino que fueron forjados para hacer comprensible segmentos del pasado humano.

La imagen del pasado se va re-construyendo en una doble dimensión temporal. Por una parte en el orden de la sucesión y cambio de acontecimientos mismos, por otra parte en la dinámica más lenta del cambio de los conceptos con los que pretendemos entender lo sucedido.

Paso ahora a comentar el otro texto al que me referí al comienzo. Éste se encuentra en la Introducción a la **Fenomenología del Espíritu**²⁸. Hegel describe allí la noción de “experiencia” como un paradójico proceso cognitivo, que implica una doble transformación. Por un lado de las nociones con que pretendemos captar un objeto, por otro lado del objeto mismo al que se dirige. Hoy diríamos que el concepto proyecta un estado de cosas, un **Sachverhalt**, con el que a la vez no corresponde. Hegel desarrolla aquí una noción de verdad que con algunas modificaciones podría hacerse fructífero para la epistemología contemporánea.

Llama la atención entre otras cosas el hecho de que califique de “verdad”, no a una teoría, concepto o texto sino al objeto que ellas tienen por referente, al “ser-en-sí” (*Ansichsein*). La conciencia es presentada como el escenario de - para utilizar una expresión en boga desde Kuhn- un permanente cambio de paradigmas. *La Fenomenología puede interpretarse como una teoría del cambio conceptual*. Lo que conduce a esos cambios es una constitutiva inadecuación entre el objeto mentado y rasgos del objeto que no encajan en el esquema propuesto, pero que sólo se hacen visibles por él.

Propongo defender una concepción de la verdad como una fenomenología permanente de la conciencia, sin un saber absoluto posible. Precisamente en la correspondencia entre un concepto y su referente Hegel muestra una inadecuación constitutiva: el objeto desborda todo esquema conceptual al mostrar rasgos que lo contradicen y obligan a su reformulación. Pero esto no significa que las categorías cognitivas deformen lo real que sería algo así como un dato inmaculado, por el contrario lo hacen inteligible. El escepticismo sólo tiene cabida aquí en la medida que parte de un concepto de verdad como algo definitivo y no revisable, como un duplicado cognitivo de un rasgo ontológico y no como un esquema que vuelve inteligible una realidad que no es asimilable al esquema mismo y lo trasciende.

²⁸ **Phänomenologie des Geistes**, volumen 20 de las **Werke**, en la edición de Moldenhauer/Michel, Francfort del Meno 1972, p.76/77.

Del mismo modo que el hecho de que no existan los números en la naturaleza no significa que la física deba considerarse un mito, quarks, códigos genéticos, partículas elementales, son sólo formas de describir fenómenos reales pero no son ellos mismos éstos fenómenos. El hecho de que la Física de Newton se haya mostrado como un esquema simplista para dar cuenta del cosmos es sólo un aspecto de un proceso de evolución conceptual. Es que entender mejor no significa que antes no se entendía nada. Seguramente nuestros conceptos acerca del mundo físico y del mundo humano están destinados a ser reemplazados por otros mejores, esto no quiere decir que sean sólo meras ilusiones, aunque en algunos casos lo sean.

En la **Fenomenología** este proceso es presentado como el del reemplazo de una categoría por otra “por detrás de la conciencia” y los conceptos mismos aparecen articulados de acuerdo a una lógica preestablecida de antemano.

Pero los conceptos no sólo son reemplazados por otros en el proceso de conocimiento – también se modifican en sí mismos, y no por su lógica interna sino para dar cuenta mejor de los fenómenos- en este sentido falta también en Hegel por paradójico que parezca, una teoría del cambio conceptual. Así, nuestra noción del Renacimiento no es la misma que la de Burckhardt sin que por eso debamos utilizar un concepto con otro nombre.

Si bien no hay conocimiento sin alguna forma de- para utilizar una expresión de Hayden White - “figuración”, y esto es válido tanto para una historia del imperio persa como para una teoría del campo magnético - aún en el mejor de los casos permanece un hiato entre la representación y la cosa misma, y esto no porque ella resulte inaccesible sino porque se trata de fenómenos heterogéneos. La cosa no es su representación cognitiva y esto se muestra en el hecho de que haya siempre un “resto” inexplorado que acompaña toda forma de conocimiento empírico.

El narrativismo ficcionalista niega a la historia su carácter de disciplina científica pero el modelo de científicidad que subyace a esta concepción es muy estrecho y debe ser revisado. No todo en historia es o pretende por cierto ser ciencia, pero ella contiene también esquemas explicativos que dan cuenta de secuencias de acciones y acontecimientos en el tiempo, conceptos generales e interpretaciones del sentido global de los hechos de los que se sirve y a los que no puede renunciar. Por otra parte no es una de sus funciones menores el dar a conocer lo sucedido aún cuando no estemos en condiciones por ahora de entenderlo o explicarlo.

A diferencia del recuerdo que parece surgir en nosotros como la presencia directa del pasado, la narración histórica constituye un discurso complejo, formado por estratos heterogéneos, en el que intervienen nombres propios, términos teóricos, estadísticas, modelos nomológicos, patrones de conducta racional, cronologías, nociones del sentido común, sucesos azarosos, descripciones de procesos anónimos y sujetos agentes, etc....

Con todo, tiene sentido sostener que un texto de historia, en tanto rememoración metódica y colectiva puede ofrecernos un “cuadro” “verdadero” de una secuencia significativa de acontecimientos humanos en la medida en que nos hace posible un conocimiento de los hechos²⁹ que, a pesar de su carácter provisorio, falible y aproximativo constituye el único modo de acceso a un fragmento del pasado humano en el que reconocemos experiencias de vida que podrían ser las nuestras y que más allá de sus diferencias o por ellas, nos permiten comprender mejor la circunstancia humana.

Daniel Brauer

Universidad de Buenos Aires/

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

²⁹ Para el narrativismo idealista de un Ankersmit, conceptos tales como “renacimiento”, “manierismo” o “Revolución Francesa” carecen, a diferencia de los enunciados singulares, de un referente real (véase op. cit. caps. IV, V y VI). A pesar de la sofisticada argumentación que ofrece el texto no veo una diferencia sustancial de estos conceptos en lo que hace a su carácter referencial -con nociones tales como “electrón”, “agujero negro” o “código genético” en la medida en que estos conceptos hacen inteligibles datos de la experiencia que no pueden describirse como su mera copia.